

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 65

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 4 DE FEBRERO DE 1906

NUM. 532



FINAL DEL SEGUNDO ACTO DE «LA TOSCA»

(TELÓN LENTO)

ESPERAREMOS AL TERCERO

ANUNCIOS. SOLICITENSE TARIFAS A LA ADMINISTRACION

PRUEBENSE LOS CHOCOLATES
DE LOS

RR. PP. BENEDICTINOS

ÚNICO DEPÓSITO EN MADRID

LHARDY, Carrera de San Jerónimo, 6

Agua

Marca LA GIRALDA, Sevilla

Léase el interesante prospecto
que acompaña á las botellas

PRIMERA CALIDAD

2,50 ptas. botella

SEGUNDA CALIDAD

1,50 ptas. botella

de Azahar

La mejor AGUA DE AZAHAR y el mejor medicamento para la curación segura
y el alivio inmediato de los padecimientos nerviosos y del corazón.

De venta en las principales farmacias, perfumerías y droguerías de toda España.

ÚNICOS DEPOSITARIOS EN BUENOS AIRES

Sres. GARCÍA HERMANOS Y CARBALLO, Almacén EL IMPARCIAL, Victoria, 1.001.

INVENTO PRÁCTICO
Y DE UTILIDAD PARA TODOS

PRODUCCION DE HIELO

para garrafas heladoras, helados y sorbetes
por medio de los

Aparatos E. Carré

sin fuego, sin presión, sin peligro

Estos aparatos prestan los mayores servicios en la economía
doméstica.

En 3 minutos y con un gasto de unos 2 céntimos, cambian la
temperatura de una garrafa de 30 grados al grado cero, y empieza
la congelación al minuto siguiente.

Aparato de laboratorio.—Reemplaza ventajosamente á
las máquinas ordinarias.

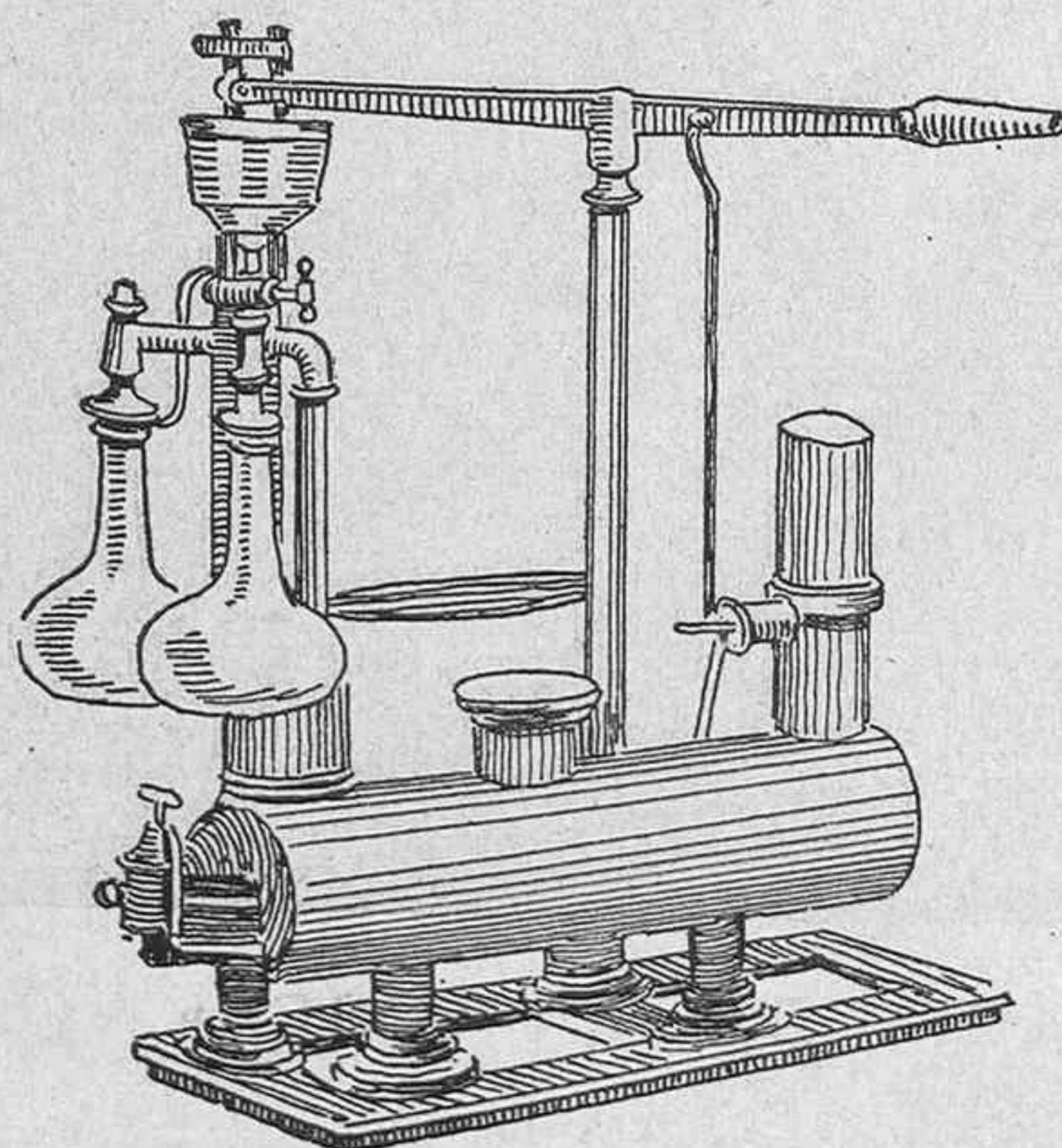
Aparato doméstico.—Sirve para los castillos, poblaciones,
casas de campo, pequeños hospitales. Se emplea á bordo de los
buques, etc.

Precio del aparato completo con accesorios, embalado y fran-
co estación Irún (España), desde
240 francos.

Pídanse en tarjeta postal ó en carta franqueada Catálogos y ta-
rifas, que se envían gratis á

Mr. le Directeur de la Sociedad Geneste,
42, Rue du Chemin-Vert.—PARIS

E indíquese que ha sido leído este anuncio en GEDEÓN.



JUEVES DE GEDEÓN



Cuánta razón tenía, querido Calínez, el conde de Romanones cuando dijo que el asunto de los fueros, ¡terrible problema! se parecía al cuento de la buena pipa.

—Sí, pero debió decir, amigo Gedeón, al cuento de la mala pipa, porque es un asunto infumable.

—Yo quiero suponer, Calínez, que tú, siguiendo a la Cléo de Mérode, habías venido a España.

—Me parece un país muy apropiado para dedicarse al merodeo. Continúa.

—Y que una vez en nuestra nación, te consagrabas a estudiar ésta.

—¡Se había divertido la Cléo!

—«¿Qué es lo que actualmente preocupa más a los políticos españoles?» preguntabas; y te respondían: «el problema de las jurisdicciones». «¿Dónde está eso?» decías tú; «en el Senado», te contestaban, y te ibas a la Alta Cámara.

—¿Y qué hacía mientras tanto la gentilísima bailarina?

—¡Bah! No le faltarían distracciones. Podía probarse pendientes.

—Hombre, sí; nada más apropiado para una mujer que se tapa las orejas.

—Pues de ese modo, los dos estábais haciendo cosas utilísimas: ella probándose pendientes y tú interrogando a los señores de la Comisión en los pasillos de la Alta Cámara.

—¿Y qué les preguntaba yo a esos señores?

—Algo muy rápido; sobre todo, si dabas con un Sr. Loygorri que entra y sale y vuelve a entrar y vuelve a salir, como si le apretaran un resortito. Los chicos del Continental piensan nombrarle mandadero honorario. ¡Qué manera de moverse! Yo no sé si el problema de las jurisdicciones tendrá o no solución, pero de esta hecha se ha encontrado, gracias al Sr. Loygorri, la del movimiento continuo.

—¡Mira tú de qué modo tan providencial se realizan los grandes descubrimientos científicos! La gravitación universal se descubrió por la caída de una pera; el movimiento continuo, por la caída de García Prieto.

—Y al tiempo que interrogases a los señores de la Comisión, verías tú, Calínez, que los pasillos del Senado se poblaban de generales. Yo no sé de dónde salen tantos.

—Ni yo tampoco.

—El general Tal, el general Cuál, el general X, el general Zeda, y además Azcárraga con siete u ocho en el abdomen. Paso a paso, serena y reposadamente, como los que van a cumplir altos destinos, les verías entrar en una de las secciones del Senado, cerrando después la puerta y atrancándola con lo sobrante de D. Marcelo. «¡Cielos! exclamarías tú acongojado. ¡La patria está en peligro! Indudablemente esos señores generales se reúnen para estudiar urgentemente un plan defensivo de nuestro territorio. ¡Tal vez el enemigo haya arrollado ya nuestras primeras líneas!» Y uno de ellos sacaba la petaca.

—¿Pero yo cómo veía que uno de aquellos señores sacaba la petaca, si habían cerrado la puerta?

—Por el agujero de la llave. Digo, no; por el agujero de la llave estaría mirando qué hacían sus colegas el general Weyler. Por los agujeros del general Weyler.

—Sí, entonces lo vería todo.

—Con la petaca en la mano iría ofreciendo cigarrillos a sus compañeros de profesión.

—¡Quién! ¿Weyler? ¡Cál!

—No, un general de los de dentro; y después les diría: «Hay que arreglar eso.» «Hombre, sí; hay que arreglar eso, contestarían los demás; pero que no nos toquen al fuero. Todo lo que se diga y se haga contra nosotros, y sobre todo contra la integridad nacional, ha de ser juzgado por nosotros mismos. ¿Por quién se desintegró España, sino por los periódicos?»

—Hombre, si juzgan así... me vuelvo a buscar a la Cléo.

—«En todo lo demás transigiríamos, continuaría el preopinante.» Y en esto, tan, tan... (dando con los nudillos en la puerta). «¿Quién?» «Loygorri; abran ustedes.» Abren; entra Loygorri y sale Loygorri.

—Te advierto, Gedeón, que yo me voy cansando de mirar por los agujeros de D. Valeriano; no se ve ni un perro.

—Bueno, Calínez, dirige la mirada hacia aquel ángulo del pasillo: ¿qué ves allí?

—Veo un señor de carácter anciano que parece muy pensativo y que tan pronto se pone un mandil como se lo quita.

—Es Groizard.

—Y también tiene en la mano un gorro como de cocinero, y ya se lo encasqueta o ya se lo arranca de la cabeza. Ese hombre, Gedeón, está meditando un pastel, no me lo niegues.

—¿Qué perspicacia tienes, Calínez!

—¡Parece mentira, a sus años! ¡Preocuparse del merengue un hombre que ha visto entreabierta la eternidad! ¡Anda, y ahora vienen Moret y Gasset, y *velis nolis* le ponen el gorro!

—¡Toma, ya lo creo! al pobre Groizard le ponen el gorro, y ellos siguen descubriendo el Nilo en el Ministerio. Ahí tienes la obra maestra de D. Segismundo como estadista: hacer cargar con el gorro

al Parlamento, y él continuar democráticamente anegándonos en dicha desde el Poder.

—Siempre me ha parecido D. Segís un hombre superior. No tiene más que un defecto, el de creer tontos á todos los demás. ¡Ojalá se mirase tanto al espejo como Maura! Pero ¿qué rumor es ese de pasos precipitados?

—Nada, que vuelve á entrar Loygorri y á salir Loygorri. Observa, Calínez, cómo se anima esto. Todo el pasillo está lleno de grupos. ¡Con que calor discuten! ¡Cómo se argumentan y se apostrofan!

—Tienes razón; y unos á otros se preguntan: «¿Hay fórmula? ¿No hay fórmula? ¿Habrá fórmula? ¿No habrá fórmula? Loygorri dice que es posible que haya fórmula. Loygorri dice que seguramente no hay fórmula. Loygorri conferencia con el ministro de la Guerra. Loygorri entra en el despacho donde está reunida la Comisión. ¿Dónde está Loygorri? ¿Dónde está la fórmula?»

—Pues así una tarde y otra y otra, Calínez.

—¿Y este es el sitio donde se reúnen las personas formales, los varones sesudos del país? Nadie lo diría, Gedeón.

—Pero en fin, Calínez, si por dicha de todos se encontrara al cabo la fórmula, la Comisión aceptándola diese su dictamen y el Senado lo aprobara, ¿crees tú que se habría conseguido algo?

—Hombre, sí; que no entrara y saliera á cada momento Loygorri.

—Ciertamente, eso se habría conseguido, pero nada más; porque, naturalmente, este asunto de las jurisdicciones, una vez resuelto por el Senado, habrá de ir al Congreso, y allí el caos otra vez.

—Entonces, ¿quieres decirme, Gedeón, qué es lo que hacemos todos los respetables generales reunidos en la sección, D. Valeriano mirando por el agujero de la llave, yo por los agujeros de D. Valeriano, Groizard con el gorro y el mandil puesto, los grupos acalorándose en el pasillo, la Comisión terne que terne en su despacho y Loygorri entrando y saliendo?

—Nada. Lo único que ha hecho Moret desde que está en el Gobierno. Los presupuestos se los dieron, los aranceles también. No tenía como gobernante más asunto que resolver que el de las jurisdicciones, ó por lo menos había de manifestar digna y serenamente su opinión acerca de él, y le echó el muerto al Parlamento, y así estamos. En esta casa no se gobierna, pero nos divertimos mucho.

—¿Sabes lo que te digo? Que me voy con la Cléo.

—Lo cleo.

—Y si la encuentro, como tú suponías, probándose pendientes para taparse luego las orejas, la traigo al Senado, y que esos graves y sesudos varones de la Comisión le tiren, si se atreven, la primera piedra.

—¿Qué se la han de tirar!

—De suerte que, aunque prospere la fórmula en el Senado, fracasará en el Congreso, ¡y para ello todo este ruido! ¿Qué importa que nos juzguen los Tribunales militares ó los civiles? El sentido común nos ha juzgado ya. Me siento Leopoldo. Adiós.



Cancionero gedeónico

Un anciano senador
de fama imperecedera,
—el opulento señor
de Rivera,—

charlaba *elocuentemente*
sobre algo de actualidad,
y enmudeció de repente
por una necesidad...

¡Tuvo salero...! El concurso
quedó un poco estupefacto,
viendo cortarse un discurso
por imposición de un acto...

¡Con qué precipitación
Rivera, sin despedirse,
fué á hacer, dejando el salón...
lo que no puede decirse...

No con frases venenosas
censuremos su flaqueza,
porque esto, al cabo, son cosas
que hace la naturaleza;

digamos sí, á voz en cuello,
pese al parlamentarismo,
que «echar discursos» ó... *aquello*,
viene á ser uno y lo mismo...

¡Quién demonios nos dijera
que del momento presente
nos iba á ofrecer Rivera
símbolo tan elocuente!

«De azares mil á través»,
sin que la causa sepamos,
esa es

la situación en que estamos...

Todos callan... No hay quien hable
por miedo á ser imprudente...

¡Qué olor tan desagradable
se esparce por el ambiente!

Y es que estamos todos llenos
de cierta cosa ligera...

¡Porque al que más y al que menos
le pasa lo que á Rivera!



Burlándose del tiempo y de sus leyes
la dulce Primavera se adelanta...

Echan flores los árboles;
la brisa se perfuma y se embalsama;
los pájaros se sienten inspirados,
y las olas se animan en la playa...
Los animosos chicos de la Prensa
telefonemas pintorescos mandan;
los fotógrafos corren
cargados con sus máquinas...

El público se agita y se impacienta,
pues la dichosa comitiva aguarda...

Y cruza un automóvil... ¿Qué sucederá
¡Es el amor que pasa!



Puesto que soy del oficio,
no he de negar que la Prensa
procura informarnos siempre
de lo que pasa en la tierra...
Mas por lo mismo, los Hados,
que hacen pocas cosas buenas,
para aburrirnos un poco
disponen servirse de ella..
No hay, humana ni divina,
ninguna forma ó manera
de evitarnos una lata,

que es la enfermedad moderna...
Y hay en todos los diarios
varias columnas dispuestas
á cumplir ese servicio
que á los lectores aterra.
La lata que ayer nos dieron
fué la ruso-japonesa,
luego la de Rusia sólo,
y hoy nos dan ¡la Conferencial



Segismundo tiene empeño
en darnos de un modo exacto
la hermosa escena de un acto
del drama *La vida es sueño*.

Y porque nadie se asombre
viéndole al clásico fiel,
se queda con el papel
correspondiente á su nombre.

Mas le ha engañado su instinto;
que aunque lucha y se descrisma,
la escena será la misma,
pero el final es distinto...

El Segis de Calderón
—¿no lo recuerdas, hermano?—
agarrando á un ciudadano,
le tira por el balcón....

Y ahora, aunque por él suspiran
los amigos que desbarran,
¡al pobre es á quien agarran,
le voltean y le tiran...!

¡Crisis! ¡Qué le hemos de hacer,
si al fin tiene que pasar!
«Cayó del balcón al mar...»
«¡Vive Dios, que pudo ser!»



El de la formulita

El Sr. Loygorri, que hasta ahora había disfrutado de una apacible calma, se ve hoy por hoy, con motivo del famoso pleito de las jurisdicciones, en más idas y venidas, vueltas y revueltas que la ardilla de la fábula.

¡Agítese antes de usarlo!

Y el Sr. Loygorri así lo hace.

Del actual secretario de la Comisión que entiende, ó por mejor decir parece que se desentiende, de lo que constituye el asunto del día, no sabíamos otra cosa sino que era senador, amigo de López Domínguez, muy entendido en la cría y reproducción del canario, y uno de los más decididos partidarios del género ínfimo, especialmente del negociado de *gomeuses* más ó menos *comiques* ú *escenriques*.

Pero he aquí que el Sr. Loygorri, á quien veíamos como simpático portador de una interesante barriguita muy á menudo en las plataformas de los tranvías, con apariencias de satisfecho seductor, para el que no hay Pirineos que valgan, se convierte por obra y gracia de la actualidad en el hombre del día, en el hombre de la fórmula, con harto dolor de su alma, porque Loygorri estima en mucho más su vasta erudición de *couplets*, que cualquier otra cosa, por honorable que ésta sea.

En el Senado, es hoy la figura de mayor relieve. ¡Hasta los maceros, cuando le ven entrar en el salón de siestas, le saludan oscilando ligeramente sus mazas!

En España, ya se sabe, en cuanto surge una dificultad, el Gobierno, para sacudirse las moscas de encima, nombra la inevitable Comisión, que es el único medio seguro para que no se llegue nunca á un acuerdo después de largas y estériles discusiones.

¡Qué desencanto para el Sr. Loygorri, que creyó sugestionar fácilmente, acostumbrado á seducciones más difíciles, á sus compañeros de Comisión!

Loygorri estaba seguro de sacar limpio de todo detritus el fuero famoso, pero ¡ay! que en el seno de la Comisión las opiniones se manifestaron adversas.

Loygorri, en colaboración con el general Luque, había redactado una fórmula en un acto y varios cuadros, con algunos *couplets* de los que hizo memoria, para que resultase más animadita, aprovechando la música de *El Tambor mayor*.

Y muy satisfecho y orgulloso de haber colaborado con A de Ele, se fué el hombre á leerle la formulita á Groizard, y si á éste le gustaba, sacarla de papeles en seguida para su inmediata representación.

Pero Groizard, que estaba de pésimo humor á consecuencia de una disputa que había tenido con Pío Gullón sobre cuál tenía más años, así que Loygorri puso término á la lectura, dijo que aquéllo era un disparate.

A Loygorri se le cayeron los lentes, y sus ojos saltones expresaron un cómico asombro.

—¡Cómo!—interrogó.—¿No le gusta á usted, amigo Groizard?

—¡Eso es un desatino! contestó el joven exministro. Esa fórmula es inaceptable, porque somete al fuero de Guerra varios delitos que deben quedar sometidos á la jurisdicción ordinaria. Yo, para que no se dude de mi sinceridad—añadió,—no tendría inconveniente en que eso se pusiese en escena, pero dándole algunos cortes y añadiéndole que serán de la competencia del fuero de Guerra las injurias y las ofensas que se realicen contra las banderas y los símbolos militares.

—Mi colaborador—dijo Loygorri—no quita ni un chiste de la formulita que acabo de leerle, y yo por mi parte tampoco, porque me parece que ni le sobra ni le falta nada, y además porque Polavieja, Primo de Rivera y Blanco, tres autoridades de esa fuerza, en la opinión de sus amigos especialmente, me han felicitado diciéndome que ha sido un acierto, y no por pura fórmula.

—Bien—dijo Groizard,—pues iré con el cuento á Moret.

El Sr. Loygorri salió de casa del joven exministro muy satisfecho de la energía de su carácter, cosa que á él mismo le había sorprendido extraordinariamente.

«¡Lo que es tratarse con generales!», iba diciendo para el interior de su barriguita, que tremaba en pequeños saltitos de satisfacción. Adquiere uno vigor, entereza, sin tener que recurrir á los cinturones eléctricos.

Y el antes prudente, modesto é insignificante señor Loygorri, paseaba ufano sus miradas por la concurrencia que discurría por las calles, como diciendo: «¡Fíjense ustedes en mí, que soy Loygorri, el de la formulita!» Y hasta le pareció, en sus delirios de hombre importante, que las gentes le señalaban con el dedo, lo mismo que al popularísimo tío del gabán.



CHOCOLATES. ESTAN



LOS QUE PAGAN ESTE CHOCOLATE



A tres señoras suscriptoras

Tres eran, tres,
las hijas de Elena;
tres eran, tres,
por cuatro pesetas (al año, con tapas).

(CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE «GEDEÓN»)

Muy señoras mías; es decir, mías las tres, no; una mía, otra de Calínez, y otra del chico de la portera que, aunque jovenzuelo, ya sabe plantar arbolitos en las fiestas de la Ciudad Lineal. Muy señoras

nuestras ó de nosotros tres; yo, Gedeón, recibí oportunamente su salada epístola, más llena de murmuraciones que una comedia de D. Jacinto, y ahora mismo, como ustedes ven, paso (y Alvarez) á contestarla.

Me preguntan ustedes ¡oh amables y regocijadas suscriptoras! si he perdido el olfato, aquel olfato famoso que me dió categoría de perro pachón, con harta envidia de otros animales, y les diré que, con efecto, lo he perdido estos días á consecuencia de

PILLADOS DE MATATIAS LOPEZ



LOS GRANDES PATRIOTAS QUE TOMAN ESTE CHOCOLATE



eso de las jurisdicciones. Entre el fuero de Guerra y los Tribunales ordinarios, empecé yo á sentir un cosquilleo en las narices, que concluyó en un formidable disparo de estornudos á lo Groizard, ó sea de los que meten mucho ruido y no arrancan nada. Después sentí una obstrucción, como si el Sr. Rivera se me hubiera estampillado dentro de las fosas nasales, y gracias á la obstrucción de ese apreciable senador me quedé sin olfato, lo mismo que España se quedó sin un buen puñado de millones.

Señoras nuestras, no hay cosa más incómoda que un senador. ¡Hagan los cielos que nunca tropiecen ustedes con ninguno, y menos con el Sr. Rivera!

Pero, en fin, esta pérdida mía es un quebranto temporal, y á fuerza de polvos de rapé espero recobrar pronto la sensibilidad olfatoria. No hay nada mejor para desobstruir los conductos. Lo saben las madres y hasta las que van camino de serlo. Y basta de narices.

Olí, ¡cómo no había de olerlo, si aún tenía mis fo-

sas más abiertas que Rodrigo Soriano las suyas! Olí aquel sublime infundio de los trajes para una actriz celeberrima; trajes que, según la contaduría de cierto teatro, estaban hechos en París por un carísimo modisto, y según se averiguó luego, procedían de una más arregladita modista madrileña. Olí todo eso que ustedes dicen, pero no quise meterme en tales trapos *pompador*, porque, en último término, la actriz no hacía más que imitar á los autores de la obra en cuya representación habían de lucirse aquéllos (los trapos, no los autores). Si éstos adaptaban su producción del francés, ¿por qué no había de hacer lo mismo la inspirada intérprete del drama? ¿O es que se puede tomar de un abate, y de un modisto no? Decidan ustedes el caso, señoras.

Y también olí, pasando á otro punto muy distinto y más escabroso de su carta, aquel escándalo conyugal madrileño, que empezó en drama y terminó en comedia. ¿Que por qué no aludí á él en mi impopular semanario? Señoras nuestras, si fuésemos á aludir Calínez, yo y el chico de la portera en nuestro periódico á todos los escándalos conyugales madrileños, no nos quedaba sitio para contestarles á ustedes. Además, nosotros tres somos personas convencidas de la santidad del matrimonio y altamente respetuosas con esa sagrada institución. Nada que pueda debilitar sus vínculos ó aflojar sus lazos saldrá jamás de nuestra pluma. Nuestra misión es conquistar á la mujer, pero sin ruido ni escándalo.

¿Son ustedes casadas? Pues ya lo saben; aquí jamás se ataca al matrimonio; sus esposos de ustedes no tienen nada que temer personalmente de nosotros. ¡No hay sujeto más respetable que el marido para cualquier escritor público ó gedeónico que se proponga conquistar á la mujer! ¡Ay, señoras suscriptoras de nuestra alma, y en qué terreno más pantanoso había de meterme si continuara contestando a todos los puntos y comas de su epístola! Ya les habrán dicho sus maridos (muy suscriptores, consortes, nuestros) que eso de las jurisdicciones es un problema tremendo; pues bien, todavía es más tremendo el problema de seguir á ustedes por el camino de sus insinuaciones.

Safo fué una gran artista, y tuvo que tirarse al mar... ¿Lo hizo por desdenes amorosos? ¿Lo hizo por sugerencias de la gloria? Ahí tienen ustedes un agradable motivo de investigación histórica y poética, propio de cualquier Ateneo, para que se entretengan ustedes en dilucidarlo, en vez de hurgarme á mí las narices con que si tengo ó no tengo olfato.

No, señoras, ya se lo dije anteriormente: estoy con un catarro nasal de Rivera, y no huelo nada, ni aun lo que hace este desahogadísimo senador cuando concluye de rectificar. Y aunque oliese no lo diría, señoras. ¡Mi misión es conquistar á la mujer! ¿Que hay personas que me ayudan? Mejor para ellas.

Y aquí hago punto definitivo y final para comerme la rica francesa á las finas hierbas, en compañía de Calínez y del chico de la portera, los cuales me están aguardando con la servilleta prendida. ¿Ustedes gustan, señoras suscriptoras? No hagan ustedes cumplidos; están en su casa, por cuatro pesetas anuales. Muy agradecidos, sumamente agradecidos á su epístola; pero en la próxima no escriban ustedes labios con corazón (aun cuando este lapsus me hace sospechar que con encantadora franqueza tienen

ustedes el corazón en los labios), no corten ustedes el membrete del pliego, y, sobre todo, ¡remitan fondos!

Se echan á los seis pies de ustedes,

Gedeón, Calínez y el Chico.



Alrededor de la Conferencia

Bendigamos á la Conferencia de Algeciras. De ella no sabemos si saldrá algo práctico, como solicitan los comensales, ya de tiempo remoto, á la terminación de los banquetes.

Pero suceda lo que Mokri ó Tafetán dispongan, ¡cualquiera nos arrebatara el encanto que la lectura de algunas crónicas nos ha producido, alegrándonos lo más recóndito del fuero!

Como, según espontánea declaración de los propios cosecheros y corresponsales, en Algeciras no ocurre nada, los pobres se aburren de un modo que da pena leerles, y tienen que recurrir á poderosos artificios de imaginación para justificar el diario interés de los lectores; unos evocan tristes recuerdos de Gibraltar y sienten humedecerse sus ojos ante el Peñón, naturalmente, inmovible como el pino verde de la copla, y otros se dedican á refrescar amistades antiguas, convirtiendo al más insignificante de los Pérez en un diplomático audaz y talentado.

Los hay también más felices y clarividentes, que sin moverse de Madrid llevan eso de la Conferencia al dedillo y saben hasta lo que lleva oculto en el último pliegue de su jaique el *pollo* Mohamed Torres.

Ahí está el Sr. Escalera, autor de un *Florilegio* dinástico, que no de otro modo pueden titularse los artículos que el Sr. Escalera ha escrito en un popular periódico de la noche.

Pero nuestro amigo siente irresistibles impulsos, pasada la fiebre regia que le acometió, de asomarse á Algeciras, y lo que es más lamentable, documentar en una crónica sus impresiones. Esta crónica del señor Escalera tiene tramos admirables.

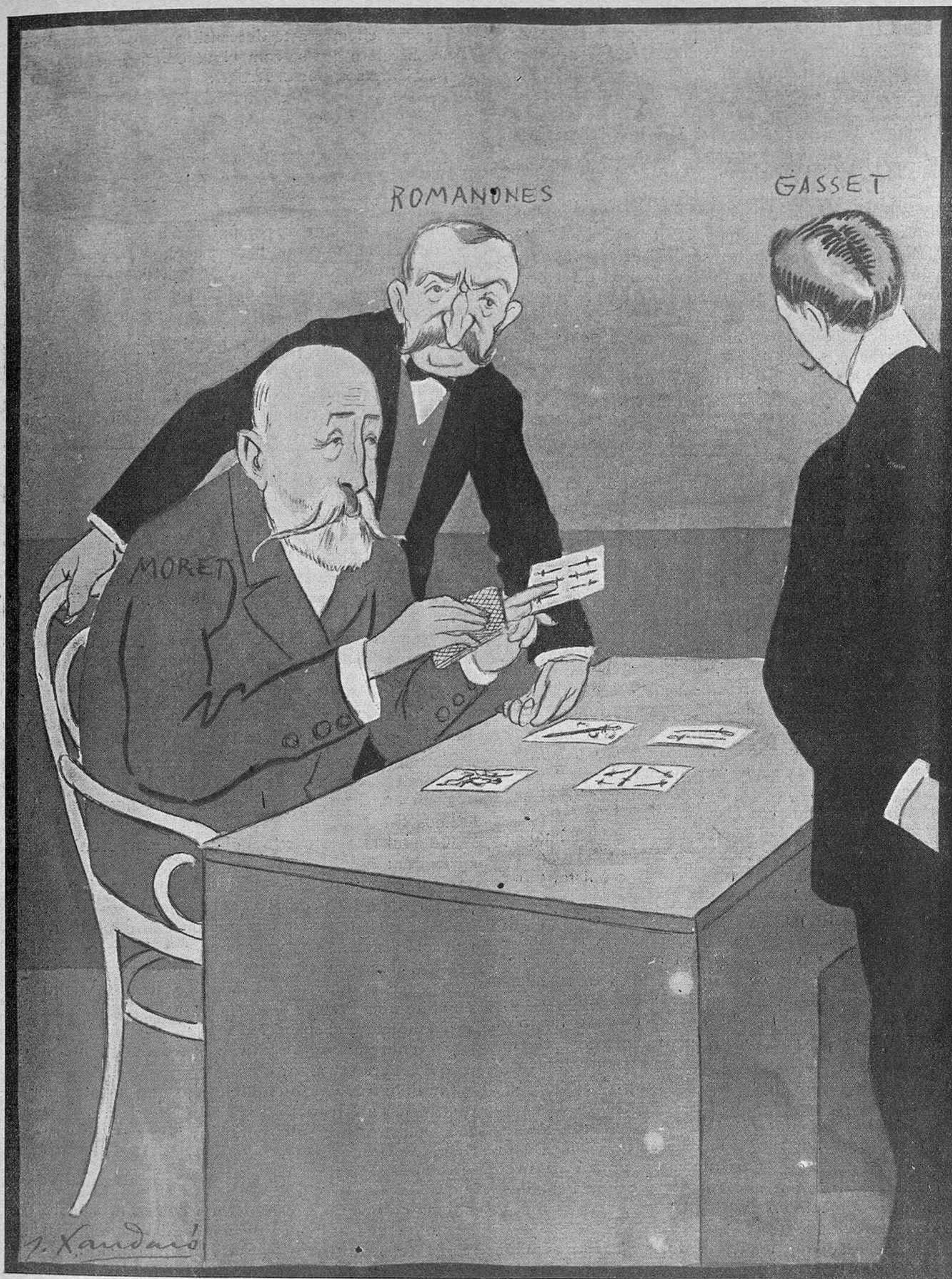
Dice, hablando del Mokri, con una seguridad pasmosa, como si le conociese de tomar café juntos muchos años:

«Pero despojándonos de la engañosa ilusión (como si la ilusión fuera un impermeable ó un sobretodo ó cualquier otra prenda), mirando frente á frente á la entraña del Africa, aplicando los rayos X á la frente del Mokri, se advierte que vive una tormenta escondida más allá de su semblante.»

Felicitemos al Sr. Escalera por el partido que ha sabido sacar de los rayos X, que predicen más que el Zaragozano, y condolámonos del pobre Mokri. ¡Un hombre con una tormenta dentro y *más allá del semblante*, mueve á lástima! ¡Los dolores de cabeza que tendrá!

«Es, su sonrisa, la sonrisa de una simple careta de cartón; dentro de su atildada escultura (¿atildada escultura?) de diplomático, se esconde un alma felina completamente; es una mentira hecha carne ese moro amigo, sí.»

¡Anda, para que te... descuides llevando un alma felina *completamente*!



EL SOLITARIO DE LAS JURISDICCIONES.

ROMANONES Y GASSET.—¿COMO VA ESE SOLITARIO?
D. SEGIS.—MUY MAL... YA VEN USTEDES. ¡NO SALEN MAS QUE ESPADAS!

«El tiempo lo dirá; el tiempo es un gusano roedor (más exacto sería: el tiempo, como el queso de Rochefort, está invadido de gusanos); cada hoja del calendario destila sobre las cosas una gota de sublimado corrosivo.»

Amigo Escalera, eso ocurrirá en los laboratorios de las farmacias, y sólo cuando el mancebo tenga á mano la hoja del almanaque y la disolución del sublimado; ¡ah! y un cuenta-gotas, porque usted dice que sólo destila una diariamente.

«No puede ser por menos. El tronco moro tiene la sangre verde como las serpientes. El Mogreb nos está besando la mano con besitos de víbora. Acariciamos al marroquí sin advertir que lo que hacemos es acariciar á un tigre.»

¡Mucho ojo, señores diplomáticos! No estará de más que, como medida de prudencia, acudan á las reuniones llevando las manos enguantadas, porque ¡caray! un besito de víbora es peligroso.

Vamos con otro tramo:

«... siempre fueron las selvas viveros de las gallardas rebeldías. ¿Y cómo se concibe que de buena fe éntre el emperador del bosque en inteligencia con el rey de la ciudad?»

¡El emperador del bosque! ¡El rey de la ciudad!

¡Pero cuánta charanga!

¡Y pensar las molestias que podrían haberse ahorrado los representantes si hubiesen conocido antes de ir á Algeciras el artículo del Sr. Escalera!

¡Porque van á perder el tiempo lastimosamente!

Después de dejar como un guiñapo al Mokri, la emprende con Abd-el-Azis, del que dice que es una *inverosimilitua augusta sencillamente*. Y cierra muy satisfecho el hombre, como si jugase al dominó, con esta frase: *nada más*. Y efectivamente, después de bautizarle con el pomposo titulito de *inverosimilitud augusta*, ¿qué otra cosa le va á decir?

Como dice muy bien el Sr. Escalera, es inútil que el Sultán pacte nada con Europa.

Y vean ustedes lo que se nos viene encima en cuanto nos descuidemos.

¡Leer lo que dice este pirotécnico cronista, pone los pelos de punta!

«Cada hoja de palmera que se mueva en el aire, ondeará como una bandera de combate, y al mandato de sus bélicos vaivenes (?), el alma impulsiva del bosque se encrespará como un simoun. Y de las puertas de cada mezquita, brava, destructora, napoleónica, surgirá retadora una tromba de acero y de fuego y de sangre...» ¡Y para más espanto, el Sr. Escalera suspende sobre nuestras cabezas unos puntos amenazadores, porque habrá más que sangre...!

¡Dios mío, qué porvenir!

Sigue el crescendo:

«A la media luna se le inflamarán las sienes (¡qué horror!) y una heroica risotada de desprecio que saldrá del Riff levantando rumore de borrasca, llegará hasta Algeciras.»

¡Qué atrocidad!

¡Para chasco que los delegados se hayan venido sin paraguas!

¡Pero quién iba á suponer que el Sr. Escalera tenía á su disposición la caja de los truenos?

No, amigo Escalera, no hay derecho para alarmarnos con una crónica sencillamente *relampagueante*, como usted diría.

Y aprovechemos este descansillo para recomendar al Sr. Escalera que se comprima en sus elucubraciones, siquiera sea por el Mokri.



... y armas al hombro

Tenemos el honor de comunicar á ustedes el último descubrimiento que hemos hecho

Se refiere al gobernador de Madrid.

¡Qué pena nos da el confesarlo! El Sr. Ruiz Jiménez va á eclipsar la fama del conde San Luis como primera autoridad de la provincia.

Todas aquellas reformas que nos prometió, todos aquellos proyectos que anunciamos á son de bombo y platillos, han quedado reducidos á... lo de siempre.

A multar á las empresas que no acaban á tiempo las funciones, y á procurar que cierren temprano los cafés.

Pero, hombre... ¿y para esas pequeñeces ha venido al gobierno un señor tan liberal y tan moderno como D. Joaquín?

Descanse tranquilo el conde de San Luis.

Ya le han batido el *record* de la futesa.

Si á el le llamábamos el gobernador de la media hora, á éste le llamaremos el del cuarto de hora.

En consideración á la insignificancia de sus empresas, y en recuerdo de la clásica sopa del «cuarto de hora», que, como es sabido, se hace con pescado..



Eso de la Conferencia de Algeciras va resultando infumable.

Terminado lo pintoresco del asunto, ya apenas si nos importa lo que ocurre.

Y sin embargo, hay quien cree que nosotros saldremos ganando.

He aquí lo que escribe el más ilustre cronista de la reunión:

«Por esos jirones de costa africana vese hoy España reconocida como Estado europeo. Por esos breñales que de mar á mar puntúan la costa de Marruecos, tenemos voz y voto en el Congreso de Algeciras, albergamos en nuestra humilde casa á las naciones más poderosas del mundo y hemos vuelto á ser lo que no éramos desde 1898.»

¡Mahoma, qué sospecha!

¿Si tendremos que sentirnos verdaderamente marroquíes para ser algo?

Sin duda tuvo razón quien dijo que nuestro porvenir está en Africa.

Y nuestro presente también, por lo que vamos viendo.



Como entreacto de este drama, comedia, sainete ó lo que sea de las jurisdicciones, hemos tenido una *reprise* del famosísimo asunto del estampillado.

Y con tan fausto motivo se ha hablado en voz baja, tan baja que la oyó todo el mundo, de la necesidad de llevar á la barra una porción de sujetos que disfrutaran de sus estampillas correspondientes.

Porque, según se murmura, hay muchos ciudadanos que aprovechan gustosos la ocasión para cobrar el

cupón exterior con toda franqueza; quiere decirse, en francos.

Más claro: que hay bastantes cucharas que son al mismo tiempo tenedores.



La verdad es que los ciudadanos de buena fe—entre los cuales nos contamos, naturalmente,—se llevan un solemnisimo chasco en estas ocasiones.

Porque da la casualidad de que esos caballeros del cupón se distinguen por su calurosa defensa de la Patria siempre que tienen oportunidad de demostrar con palabras el patriotismo.

Y los cándidos como Gedeón se pierden en «un mar de confusiones» cuando les oyen.

¡Es un poco fuerte saber que un ciudadano español se entretiene en esas operaciones, y escucharle gritar ¡viva España!

A ver, señores de la Comisión del Senado... ¿no habría medio de incluirlos en una enmienda?

Por lo visto, no la tienen.



En ese debate admiramos todos los extraordinarios trabajos del conde de San Luis para ganarse una cartera.

Estuvo *mu güeno*, como decimos por los Madriles flamencos, que tanto se regocijaron cuando su gobierno.

Creemos que Maura opinará lo mismo, y que, en su consecuencia, premiará el celo, el valor y la inteligencia del buen conde.

Y, sobre todo, su oportunidad.

Sí; tendrá un puesto en el primer Gabinete conservador.

Nosotros, sin embargo, no le daríamos una cartera.

A lo sumo, un tarjetero.



Otra cosa admiramos en ese debate.

La antigüedad de ideas de nuestro Presidente del Congreso.

Atajando una observación relativa á un asunto no relacionado con la política de un hombre político, exhumó la teoría del «respeto á la vida privada»...

¡Pero D. José!... ¡Si en los hombres públicos todo es vida pública!... ¡Si no tienen más remedio que vivir entre cristales!...

Al escucharle, Maura gritó entusiasmado:

—¡Esa, esa es la verdadera teoría!

Sí. La verdadera teoría... ¡conservadora!



El debate repercutió en el Senado, y allí fué mantenido como Sancho un Sr. Rivera, de triste memoria.

A este senador le cupo la honra de hacer un discurso que impidió la aprobación de unos presupuestos, y que originó esa tragedia financiera que ahora tanto nos preocupa.

Gedeón oyó aquel discurso, y desde entonces, como buen patriota, tiene siempre presente al señor Rivera en sus oraciones.



Por cierto que la otra tarde este señor no pudo terminar su rectificación porque se sintió acometido de una imperiosa necesidad, de esas que obligan á los chicos de la escuela á levantar dos dedos.

El caso es relativamente nuevo, pero el fenómeno se explica.

Es un fenómeno en el que tiene gran parte la Providencia, que quiso mostrarnos un simbolismo del asunto.

Porque todo esto del Estampillado, de las deudas, del dinero de la Nación, es... ¡lo que le pasó al señor Rivera!



Por fortuna, se acabó en seguida la función extraordinaria á beneficio del estampillado, y hemos vuelto inmediatamente á preocuparnos otra vez de las jurisdicciones.

¡Hermoso asunto que ha realizado el ideal gedeónico de ser urgentísimo durante varias semanas!

Se asegura que ya está resuelto, pero nosotros no nos atrevemos á declararlo.

Y tenemos la casi seguridad de que seguirá figurando en nuestros comentarios del número próximo, del siguiente, del otro, del otro...

Si así no fuera, ¿cómo justificar la urgencia de su solución?



Algo se ha adelantado, sin embargo.

Antes había, dentro y fuera de la Comisión correspondiente, partidarios del fuero, partidarios de la jurisdicción ordinaria, y partidarios de una sabia y discreta mezcla de ambas aspiraciones.

Ahora hay... lo mismo, exactamente.

Cierto que los de la jurisdicción han reforzado sus argumentos; cierto que los generales han celebrado una reunión muy particular; pero, en cambio, los eclécticos han ganado mucho terreno.

Y con un toque de aquí y otro de allá, con un arreglito á un artículo y una chapucita á otro, el proyecto pasará como una seda y quedará mucho peor que estaba.

Con él hemos conseguido algunas cosas.

Saber que el Sr. Loygorri es un hombre importante, y enterarnos de las buenas doctrinas democráticas de Moret-Romanones Company Limited...

Lo cual no es poco, si bien se considera.



Ay...! A pesar de todas las componendas, arreglos, pastelerías y armas al hombro, el Gobierno, el pobrecito Gobierno está muerto, ó por lo menos mal herido.

La crisis es inevitable.

¿Total? ¿Parcial? Ya lo veremos en seguida.

Sea como sea, al pensar en el disgusto de D. Segis, Gedeón se conmueve profundamente.

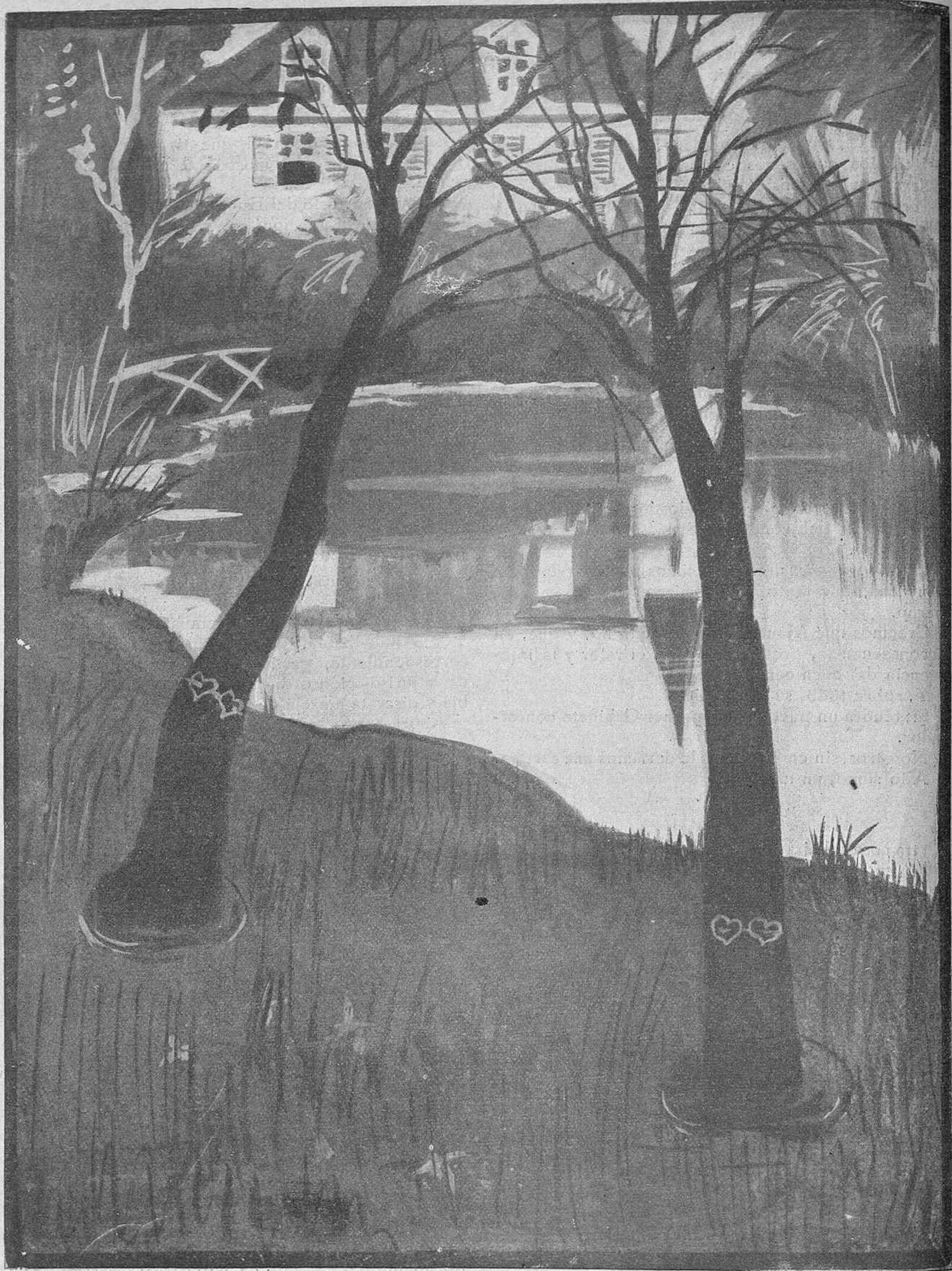
¡Pobrecillo!

¡Bien cara ha pagado la pequeña vanidad de ser presidente del Consejo de Ministros!

La verdad es que ya sabía lo que le aguardaba cuando se encargó de formar Gabinete...

¿No quería que le dieran con la badila en los nudillos?

Pues ya le han dado.



EL IDILIO DE DOS ARBOLES

Uno.—¿NO ES VERDAD ÁRBOL DE AMOR QUE EN ESTA APARTADA ORILLA..

Otro.—¡YES!